

Cambios en la configuración de las derechas en Paraguay: de la derecha partidaria a la derecha radical

Changes in the Configuration of the Right Wing in Paraguay:
From the Partisan Right to the Radical Right

Mudanças na configuração das direitas no Paraguai: da direita partidária à direita radical

Lorena Soler*

RESUMEN

Este trabajo tiene como objetivo explorar las principales características del retorno al poder, en Paraguay, de las fuerzas de derecha, como parte de lo que Cas Mudde (2023) denomina la “cuarta ola”, fenómeno que en el siglo XXI ha producido la normalización o desmarginación de la ultraderecha. El foco del análisis se centrará en las nuevas formas de ejercicio de la dominación de la derecha paraguaya y en los modos de vincularse con los partidos tradicionales. Bajo estas variables, el texto busca realizar, a grandes rasgos, un abordaje que permita definir qué es “renovado” y qué es “tradicional” en la derecha que se despliega en Paraguay desde 2012. En ese recorrido se puede ubicar el arribo del empresario Horacio Cartes (2013-2018), representante de una derecha tecnocrática; de su sucesor Mario Abdo (2018-2023), vinculado directamente con la familia Stroessner y la Iglesia y representante de una derecha nacionalista conservadora, y, por último, del reciente candidato a presidente Payo Cubas (2023), exponente de la derecha radical.

Palabras clave:
derecha partidaria,
derecha radical,
Partido Colorado,
Paraguay.

* Argentina. Doctora en Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires (UBA). Investigadora adjunto en el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)- Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (IEALC, Universidad de Buenos Aires). Buenos Aires, Argentina.
lorenamarinasoler@gmail.com ORCID: 0000-0001-5845-2737/

ABSTRACT

This paper aims to explore the main characteristics of the return to power of right-wing forces in Paraguay as part of what Cas Mudde calls the “fourth wave,” a phenomenon that, in the 21st century, has produced the normalization or demarginalization of the ultra-right. The focus of this analysis will be centered on the new forms of exercise of domination of the Paraguayan right and the ways of linking up with the traditional parties. Under these variables, the text seeks an approach to define what is “renewed” and what is “traditional” in the Paraguayan right wing since 2012. Here we can see the arrival of businessman Horacio Cartes (2013-2018), representative of a technocratic right; his successor Mario Abdo (2018-2023), directly linked to the Stroessner family and the Church, and representative of a conservative nationalist right; and, finally, the recent presidential candidate Payo Cubas (2023), exponent of the radical right.

Keywords: partisan right, radical right, Partido Colorado, Paraguay.

RESUMO

Este trabalho tem como objetivo explorar as principais características do retorno ao poder, no Paraguai, das forças de direita, como parte daquilo que Cas Mudde (2023) chama de “quarta onda”, fenômeno que no século XXI tem produzido a normalização ou desmarginalização da ultradireita. A análise se enfocará nas novas formas de exercício da dominação da direita paraguaia e nos modos de se vincular com os partidos tradicionais. Sob estas variáveis, o texto procura realizar, de modo geral, uma abordagem que permita definir o que é “renovado” e o que é “tradicional” na direita que está se desenvolvendo no Paraguai desde 2012. Nesse percurso é possível situar o surgimento do empresário Horacio Cartes (2013-2018), representante de uma direita tecnocrática; de seu sucessor Mario Abdo (2018-2023), vinculado diretamente com a família Stroessner e a Igreja e representante de uma direita nacionalista conservadora e, por último, do recente candidato a presidente Payo Cubas (2023), expoente da direita radical.

Palavras-chave: direita partidária, direita radical, Partido Colorado, Paraguai.

El ciclo de gobiernos progresistas iniciado en América Latina con la elección del líder venezolano Hugo Chávez Frías (1998-2013) fue el punto de partida de una etapa de oposición a las políticas de ajuste estructural implementadas en toda la región. Las experiencias políticas fueron muy diversas en cada uno de los países, desde el surgimiento de *outsiders* hasta la renovación de actores dentro de las fuerzas políticas más tradicionales. En el caso paraguayo, este proceso tuvo su origen con el actual partido gobernante —el Partido Colorado—, bajo el liderazgo del presidente Nicanor Duarte Frutos (2003-2008), que para luego pasar a su continuación, ampliación y cierre, con el gobierno de Fernando Lugo (2008-2012). El juicio político emprendido contra Lugo no fue otra cosa que un golpe de Estado por la vía parlamentaria, lo que marcó un hito no solo para la historia del país, sino para toda la región.

Como en otros países, la deriva inmediata del cierre del ciclo estuvo dada por un ascenso acelerado y rotundo de la derecha, que reafirmó su predominio en la arena política paraguaya. Dicha coyuntura condicionó a las derechas y las obligó a la configuración de nuevas estrategias de intervención política, alianzas sociales, discursos y formatos de representación. En ese derrotero, puede ubicarse el arribo del empresario Horacio Cartes (2013-2018), representante de una derecha tecnocrática o derecha neoliberal; de su sucesor, Mario Abdo (2018-2023), vinculado directamente con la familia Stroessner y la Iglesia y representante de una derecha nacionalista conservadora; y, por último, del reciente candidato a presidente Payo Cubas (2023), exponente de la derecha radical o derecha radical autoritaria. En términos conceptuales, la derecha es una identidad social vinculada con la reproducción de las desigualdades sociales. Como establecen Bobbio ([1994] 2014), la posición de las derechas en torno a las desigualdades sociales conforma uno de sus rasgos identitarios. En ese sentido, Luna y Rovira Kaltwasser (2014) y Waldo Ansaldi (2017) sostienen que la derecha promueve la desigualdad, a diferencia de la izquierda, que busca combatirla. Este aspecto conforma el carácter relacional de la derecha. Pero como advirtió Ansaldi (2022), el estudio de las derechas no debe confundir el elemento estructural u orgánico (la concepción y el tratamiento con respecto a la desigualdad) con lo ocasional, contingente y accesorio.

Este artículo tiene como objetivo explorar las principales características del retorno al poder, en Paraguay, de las fuerzas de derecha y

de su desplazamientos, como parte de lo que Cas Mudde (2023) denomina la “cuarta ola”, fenómeno que en el siglo XXI ha producido la normalización o desmarginación de la ultraderecha. Según el autor, estamos en presencia de una cuarta ola global de la ultraderecha, que se inicia con la superposición de tres crisis: los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 (y otros posteriores), la gran recesión de 2008 y la “crisis de los refugiados” de 2015. Para América Latina, podríamos agregar la superposición de otra crisis, la de los gobiernos progresistas/populistas surgidos tras la crisis de sentido del neoliberalismo en el pasaje al siglo XXI.

Para ubicar a Paraguay en el contexto mayor de las derechas regionales presentamos las discusiones recientes sobre las derechas y luego centramos el análisis en las nuevas formas de ejercicio de la dominación de la derecha paraguaya y las formas de vincularse con los partidos tradicionales. Bajo estas variables, el texto busca realizar, a grandes rasgos, un abordaje que permita caracterizar lo “renovado” y lo “tradicional” en la derecha que se despliega en Paraguay desde 2012, trazar algunas similitudes y diferencias y reparar en el fenómeno que supone la derecha radical, surgido en las recientes elecciones presidenciales de 2023.

En el texto reponemos un abordaje sociohistórico. El mismo nos permite realizar un análisis centrado en las intersecciones de contextos estructurales y experiencias de grupos (Skocpol, 1994) que, al inscribirse en un campo de hibridación entre la sociología y la historia, se vuelve especialmente fecundo para el estudio del cambio social. Ese es uno de los ejes centrales de este artículo, que busca reponer la novedad de la coyuntura histórica —en términos braudelianos—, abierta tras la crisis del neoliberalismo en la región.

Derechas actuales. Precisiones conceptuales y ajustes históricos

Las fuerzas de derecha no son nuevas en el mundo ni tampoco en América Latina; adoptan una pluralidad de posiciones de acuerdo con el espacio y el tiempo (Vicente et al., 2022). Si reducimos nuestro encuadre a la segunda mitad del siglo pasado, es posible distinguir a la derecha dictatorial (1964 a 1985) de la derecha neoliberal (1985 al 2000), y de las que venimos a llamar “nuevas derechas”, surgidas a par-

tir del año 2000 de la mano de Piñera (2010-2014 y 2018) en Chile; Federico Franco (2012-2013), Cartes (2013-2018) y Abdo Benítez (2019) en Paraguay; Macri (2015-2019) en Argentina; Temer (2016-2018) y Bolsonaro (2019) en Brasil; Lasso (2021) en Ecuador; Duque (2018) en Colombia; Bukele (2019) en El Salvador; Lacalle Pou (2020) en Uruguay y de los gobiernos *de facto* de Añez (2019) en Bolivia y Boluarte en Perú (2022). Son nuevas derechas que se recrearon en una coyuntura histórica específica, tras la crisis del consenso neoliberal a inicios del siglo XXI, y que accedieron predominantemente al poder con el cierre del ciclo progresista-populista en América Latina.

En los años que siguieron al triunfo de Trump en Estados Unidos, las derechas de la región ganaron una centralidad y radicalidad destacables. Las perspectivas marcadas por el nacionalismo y los valores conservadores fueron más visibles en el Brasil de Bolsonaro y el Paraguay de Mario Abdo Benítez, quienes llegaron a la presidencia en 2018 y se articularon con ideas y medidas neoliberales. Las perspectivas basadas en el neoliberalismo resultaron más pronunciadas en los gobiernos de Mauricio Macri en Argentina (2015-2019); Sebastián Piñera en Chile (2018-2022, y una presidencia anterior entre 2010 y 2014); Lenin Moreno en Ecuador (2017-2021) y Luis Lacalle Pou en Uruguay (desde 2020).

Lo que la dinámica reciente expuso es que las nuevas derechas crecieron de modo dispar en esos países, pero con una marca que permite exponer diferencias: en los primeros casos, lo hicieron en vínculo con los gobiernos (incluso cuando buscaron enfrentarlos, terminaron articulándose con ellos; algo muy visible en Paraguay), mientras que el segundo grupo lo hizo fuera de ellos o en contra, al acusar a las administraciones de sus países de no ser lo suficientemente derechistas o de ser reversiones de los progresismos. Así, en la Argentina en 2023 hubo un candidato presidencial ubicados a la derecha de Patricia Bullrich, el recientemente elegido Presidente de la Nación Javier Milei, que expone el peso de las vertientes radicalizadas; en Chile, el abogado José Antonio Kast dejó atrás las formaciones tradicionales de las derechas y disputó la segunda vuelta presidencial contra el finalmente ganador, Gabriel Boric; en Uruguay, el Partido de la Gente, Cabildo Abierto o iniciativas como Un solo Uruguay buscan superar el clivaje entre progresismo y centroderecha, característico del sistema político del país, pero con dinámicas (e impacto) desiguales.

Estas derechas, para consolidarse en el poder, reestablecieron su vínculo con el Estado en democracia y privilegiaron los espacios institucionales para encauzar sus estrategias políticas, especialmente en el poder legislativo y el poder judicial. De esta forma, desarrollan diversos mecanismos, entre los cuales destacamos los nuevos dispositivos destituyentes o neogolpismo y la judicialización de la política o *lawfare*, como instancia de socavamiento de la legitimidad de las fuerzas político-ideológicas contrarias u opositoras. Es decir, siguiendo a Cannon (2016), las élites de derecha tuvieron que desarrollar estrategias, en la medida en que vieron amenazado su poder, y combinaron dialécticamente la amenaza y la reacción.

Tan indiscutible es ese horizonte ideológico que los golpes de Estado perpetrados bajo las presidencias de Jean-Bertrand Aristide en Haití (2004), Manuel Zelaya en Honduras (2009), Fernando Lugo en Paraguay (2012), Dilma Rousseff en Brasil (2016), Evo Morales en Bolivia (2019) y Pedro Castillo en Perú (2022) se hicieron dentro de los estrictos marcos legales de la democracia, con un rol protagónico de los poderes legislativo y judicial, una verdadera novedad para la región. En comparación con los golpes del siglo XX, se puede observar una preminencia de actores de la sociedad civil y espacios políticos e institucionales como los poderes legislativo y judicial, que sientan las condiciones para la realización del golpe y su legitimación. De este modo, la pérdida de legitimidad de la opción militar, que caracterizó a los golpes de Estado del siglo pasado, se explica a partir de la consagración hegemónica de la democracia como forma de hacer política en la región. Son las propias instituciones de la república las que vehiculizan los procesos de ruptura de la voluntad popular, expresada en las urnas.

En rigor, como apuntamos con Martín Vicente (Soler y Vicente, 2023), la democracia aparece en el centro del problema y se puede pensar a las nuevas derechas como amenazas a la democracia desde el sistema, desde fuera de él o en el ejercicio del gobierno. En ese sentido, para los politólogos Steven Levitsky y Daniel Ziblatt (2018) estamos ante un cambio epocal: las democracias amenazadas, no ya (solo) desde afuera, sino también desde adentro, desde la praxis gubernamental. Si bien para ambos autores se trataba de un fenómeno que excedía el eje izquierda-derecha, muchas de las pautas marcadas en su libro

terminaron haciéndose regulares para explicar el fenómeno Trump y, por extensión, establecieron líneas de interpretación cada vez que un triunfo análogo se dio en la región.

Como mencionamos, estas nuevas derechas afirman la democracia liberal en un sentido instrumental y defienden la totalización del mercado mediante un llamado a la recuperación del diálogo y las virtudes republicanas. Asimismo, recurren a una ideología parlamentarista para generar un clima destituyente que puede desembocar en la apelación a mecanismos democráticos que desconocen y vulneran la voluntad soberana del electorado, so pretexto de garantizar la continuidad de esa misma democracia y sin hacer uso de la ruptura autoritaria ni de la violencia directa como nota distintiva. Las estrategias políticas predominantes se nuclean en torno a la aparición en escena de sus referentes y a la representación de estos como *outsiders* de la política (aunque generalmente no lo son), muchas veces como reacción frente a una clase dirigente fuertemente deslegitimada. Aun cuando los dirigentes sean políticos con una larga trayectoria, subrayan su condición de externalidad; afirman preocuparse por el pueblo, al que consideran como la parte pura de la comunidad, pero se muestran contrarios a la política, a la que perciben como el lugar donde está lo “viejo”: política tradicional, ideología, electoralismo, partidocracia, corrupción y demagogia. La derecha sostiene encarnar una estricta renovación moral, una revolución cultural con las herramientas del mundo empresarial; de ahí que estos gobiernos también puedan entenderse dentro de la categoría “populismo de derecha”, en la medida en que mantienen una estrategia con políticas redistributivas “hacia arriba”, a lo que agregan un fuerte énfasis en la necesidad de mantener ciertas jerarquías sociales que consideran naturales (Casullo, 2019).

El populismo de derecha se caracteriza (si hacemos un balance entre diversas explicaciones) por la apelación nacionalista, los valores conservadores y el discurso antielitista, que se imbrica con otras pautas derechistas. Ello implica, sin embargo, dos miradas: por un lado, para analistas como Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser (2017), ese populismo es una ideología delgada, capaz de girar a izquierda o derecha sobre una serie de ejes y procedimientos en común, que en el caso de Trump lo hacía enfáticamente a la derecha; por otro, se trata de un nacionalpopulismo derechista y anclado en las vivencias de despo-

sesión de sus bases, de acuerdo a las miradas de autores como Roger Eatwell y Matthew Goodwin (2019).

En este punto, siguiendo a Sergio Morresi (2020), es importante presentar una diferencia entre el neoliberalismo y el nacionalpopulismo, en tanto complejos ideológicos que los gobiernos de derecha pueden combinar. Según el autor, el neoliberalismo se presenta como un conjunto de propuestas políticas, morales e institucionales, orientadas a restar capacidad de acción a las partes de la ciudadanía que podrían poner en peligro el desarrollo del mercado. El rasgo distintivo del neoliberalismo es el “rol activo asignado al Estado, a fin de apuntalar sistemáticamente al mercado para la promoción de la desigualdad social y económica” (Morresi, 2020, p. 54), una precondición para la competencia y un requisito para la innovación y el crecimiento. En cambio, las derechas nacionalpopulistas suelen deplorar las consecuencias del despliegue de las políticas neoliberales, denunciar a los líderes que las defienden y combatir a algunas de las instituciones (sobre todo a las internacionales). No obstante, no se muestran contrarias ni a la economía capitalista en general ni al modelo de mercantilización/desigualación asistida por el Estado que propone el neoliberalismo, con los que pueden convivir de modo cordial.

En un texto anterior (Soler, 2023) indicamos que en el heterogéneo mapa de derechas que plantea la región es posible diferenciar, en términos sociológicos, dos tipos de derechas —nunca tan puras, pero sí con rasgos más pronunciados— de la siguiente manera: las nacionalistas conservadoras, representadas por Trump, Bolsonaro y Abdo Benítez, que llevan como ideario una vuelta al pasado, y aquellas renovadoras y tecnocráticas, que hacen del neoliberalismo su práctica política: Piñera, Macri, Cartes, Duque. Las derechas nacionalistas conservadoras realizan una reivindicación de la comunidad nacional homogénea y apelan, como en el fascismo clásico, a encontrar un enemigo nacional al que culpar: inmigrantes, musulmanes, izquierdistas, rojos y minorías sexuales. Finalmente, el intento de resguardar la identidad transmuta en nativismo y xenofobia, y la centralidad del orden y la seguridad aparecen como justificación de cierto grado de autoritarismo. En todos los casos, apelan a una democracia republicana que se contraponen a una democracia populista.

Recientemente, Maristela Svampa (2020) ha establecido una categoría semejante, pero con algunos matices. Sostiene que es posible caracterizar una derecha neoliberal conservadora en la experiencia de Mauricio Macri, Horacio Cartes, Lenin Moreno y Michel Temer; y una derecha radical autoritaria en el caso de Jair Bolsonaro. En ambos grupos hay similitudes como la presencia mayoritaria de cuadros empresariales involucrados en la administración de los asuntos públicos, la expansión de las fronteras del capital, la construcción de un enemigo interno y la utilización del discurso de la corrupción y los mecanismos judiciales. Pero también se pueden establecer diferencias: “mientras la derecha neoliberal se mantiene en una línea de convergencia entre clasismo y neoliberalismo, entre conservadurismo y liberalismo cultural, ensalzando la meritocracia y sumando algunos elementos ligados a la retórica pospolítica, la derecha radical expresa la legitimación de valores autoritarios y jerárquicos, abre la puerta a un fascismo social” (Svampa, 2020, p. 39). La autora sostiene que, mientras la derecha neoliberal combate el igualitarismo a través de la despolitización y busca articularlo en clave de mercado, la derecha radical propone desinstalar la clave meritocrática, para rearmar el esquema societario en una nueva clave: la que opone “la mayoría silenciosa” a la clase de los expertos. No es casual entonces que, en este último caso, el enemigo no sea solo político, sino también “cultural”, ilustrado por una “élite privilegiada”. La contrarrevolución silenciosa, apuntada por Ignazi (1992), da cuenta del reemplazo de valores sociales aceptados como parte de la vida en común, por una agenda posmaterialista que cuestionó temas como los derechos de las minorías, las mujeres y la sexualidad. Dicha transformación asume como estrategia la lucha contra lo políticamente correcto.

Paraguay: estabilidad democrática y ciclo progresista

En 1989, tras el derrocamiento de Alfredo Stroessner y el fin de una dictadura de 35 años, Paraguay inició un ciclo democrático inédito en toda su historia. Desde entonces, y por primera vez, las elecciones se convirtieron más en una constante que en una excepción y se celebraron de manera regular para la renovación de las autoridades políticas. Una característica del sistema político paraguayo frente a la mayoría de los países de la región latinoamericana es la longevidad de sus principales partidos: la Asociación Nacional Republicana o Partido Colorado (ANR)

y el Partido Liberal Radical Auténtico (PLRA). Si solo nos remitimos al último medio siglo, los partidos fueron uno de los elementos de legitimidad institucional de la dictadura stronista y de la transición a la democracia, del golpe de Estado parlamentario a Fernando Lugo (2008), del arribo de la nueva derecha empresarial y tecnocrática con Horacio Cartes (2012) y de una derecha conservadora con Mario Abdo (2018). Paradójicamente, si bien los partidos políticos no inspiran demasiada confianza, los datos de afiliación y de participación de la ciudadanía dentro de sus estructuras son muy elevados, incluso en comparación con la región. Los partidos tienen una vida intensa, en la medida en que parte de la suerte de la que gozan en la escena nacional se juega en las elecciones internas. Si contrastamos la suma total de los electores que participaron en las internas partidarias con los votos totales emitidos en las elecciones generales, vemos que un importante porcentaje de los votos de las generales pasaron previamente por las internas de los partidos tradicionales (Pérez Talia, 2019, p. 108).

De las ocho elecciones presidenciales celebradas desde la apertura democrática, siete quedaron en manos de la ANR, un récord del que ningún otro partido latinoamericano puede jactarse. En estricto, como indicó Julien Demelenne (2021), la hegemonía político-militar fue cediendo a la hegemonía político-civil. Cuatro momentos claves podrían ayudarnos a comprender mejor este cambio de hegemonía. El primero es la elección de Wasmosy como primer presidente civil, luego de la larga hegemonía de presidentes político-militares. El segundo es la ley de desafiliación de las Fuerzas Armadas; el tercero, el fracaso de la tentativa de golpes de Estado en 1996 y 1999. En un cuarto momento, situamos el Marzo Paraguayo, que marcó el fin de los golpes militares y, en cierta medida, el fin de la hegemonía militar en la política paraguaya.

Según la hipótesis de Fernando Martínez Escobar (31 de enero de 2019; 2021), en 1989 el sistema político comenzó a funcionar de un modo que sería perdurable en el tiempo y hoy explica tanto la inmortalidad del bipartidismo como la hegemonía del Partido Colorado: la cooperación entre los movimientos internos de la ANR y los partidos de la oposición para inclinar la balanza al interior del partido hegemónico. El empate de fuerzas, más la incertidumbre del nuevo tiempo posdictadura produjeron el incentivo necesario para la creación,

la implementación y el mantenimiento de reglas proporcionales de distribución del poder político institucional. En rigor, la nueva forma de cooperación y competencia entre los movimientos internos del Partido Colorado y los partidos de la oposición —lo que a su vez condujo a la creación de la regla informal del “cuoteo político” — fue una de las llaves de acceso de los partidos de la oposición a la dirección de las instituciones gubernamentales, tras varias décadas de ausencia, y contribuyó, a su vez, a expulsar a los militares del poder político institucional en marzo de 1999 (Martínez y Soler, 2021). Las nuevas reglas electorales y las nuevas condiciones económicas han producido un cambio gradual que va desde un clientelismo monopólico muy coherente hacia una forma más plural y menos coherente de clientelismo, con mayor espacio para la competencia por los recursos del Estado y el poder (Setrini, 2011, p. 2).

A partir de los años 1990, la oposición política se constituyó en una fuerza central en el Congreso y el Poder Judicial. La nueva Constitución Nacional de 1992 estableció un cúmulo de facultades a favor del poder legislativo y en detrimento del ejecutivo,¹ con el fin de descomprimir y desarticular el hiperpresidencialismo de la era strosnista; con ello determinó umbrales muy bajos para llevar a juicio político a los presidentes, además de la explícita prohibición de reelegir al primer mandatario en el cargo (Solís Delgadillo y Cerna Villagra, 2017). Según la hipótesis de Prego (2019), la prohibición de la reelección dejó sin cuestionar —ni legislar, agregamos nosotros— la no alternancia en la dirección del Gobierno del Partido Colorado; cuando esta se produjo, se llevó a cabo el juicio político a Fernando Lugo.

Aun así, con un sistema bipartidista robusto, la llegada de Fernando Lugo (2008) a la presidencia bajo el rótulo de Alianza Patriótica para el Cambio (APC)² y sin que mediara un golpe de Estado implicó que

1 El presidente no tiene poderes especiales, solo puede presentar proyectos de leyes con carácter urgente —hasta tres por año— y aprobarlos de manera unilateral, si el Congreso no se pronuncia sobre los mismos en un plazo de 60 días. El Congreso puede anular su “urgencia” con una mayoría de dos tercios.

2 El APC fue una alianza integrada por movimientos sociales y partidos entre los que se encontraban el Frente Guasu, el Partido Liberal Radical Auténtico (PLRA), el Partido Encuentro Nacional (PEN), el Partido País Solidario (PPS), el Partido Demócrata Cristiano (PDC), el Partido Independiente (PI) y el Partido Revolucionario Febrerista (PRF). El PLRA cedió la estructura partidaria nacional y colocó al vicepresidente, Federico Franco, quien luego fuera una figura central del golpe de Estado parlamentario contra Lugo. Fi-

el Partido Colorado dejara de ser el partido gobernante después de seis décadas. Su llegada fue el reflejo de los cambios profundos que atravesaba la sociedad paraguaya (Soler, 2012) y también de una de las mayores crisis de liderazgo al interior de la organización colorada. En efecto, el triunfo de Lugo y la salida de la ANR del gobierno fueron sucesos menos abruptos de lo que podría parecer en una primera lectura y se inscriben en la caída tendencial de los candidatos presidenciales de ese partido desde por lo menos 2003.³ Ya Cerna Villagra y Solís Delgadillo (2017) habían indicado cómo se venía fragmentado el voto de los paraguayos, en el que otras fuerzas se abrían paso para alcanzar representación política en la disputa por los cargos de presidente, diputados y senadores.⁴

En rigor, hay que leer el triunfo de Fernando Lugo en un contexto regional consignado por gobiernos populistas (Soler, 2020), en los espacios de representación que los partidos tradicionales habían venido dejando a otras formaciones, en un marco de despliegue de la protesta y el conflicto social por la puja distributiva y la tierra, y en una crisis interna de la ANR, agudizada por el intento reeleccionista de Duarte Frutos.⁵

En síntesis, la llegada de Fernando Lugo a la presidencia implicaba un doble movimiento: la posibilidad de reapertura de un proceso de reforma social progresiva —en línea con el seguido en los últimos años por diversos países latinoamericanos— y la derrota de la posición dominante ejercida por el Partido Colorado en el nuevo ciclo democrático. Según la interpretación de Solís Delgadillo y Cerna Villagra (2017), lo ocurrido entre 2008 y 2012 obedeció a coyunturas críticas

nalmente, Franco asumió como presidente y completó el mandato, como está estipulado en la Constitución.

3 La elección de Nicanor Duarte Frutos obtuvo el piso más bajo de votos de la historia del ANR hasta ese momento (37,1%). Su campaña se desarrolló en un contexto bien adverso: la pérdida de legitimidad de la Corte Suprema de Justicia, el desprestigio de la Fiscalía General de Estado, las denuncias de corrupción estatal y el peligro del *default*.

4 Aun cuando en la arena departamental se apreciaba una tendencia hacia el bipartidismo y el ANR (a excepción del año 2008) conservaba la mayoría de esos espacios de poder desde el retorno a la democracia.

5 Durante su gobierno, como indica un informe del Banco Central del Paraguay, se habían verificado avances sociales y económicos como evitar la suspensión de pagos de la deuda, aumentar las reservas nacionales, incrementar el PBI, ampliar el presupuesto en sanidad pública o reducir la pobreza.

particulares y a estrategias pragmáticas por parte de una buena cantidad de actores que dieron vida a la APC, en razón de que la izquierda no habría tenido peso electoral ni habría logrado ser parte mayoritaria del gobierno y la toma de decisiones. Sin embargo, se debería considerar el hecho de que las élites políticas tradicionales vieron por primera vez cuestionadas su lógica y sus reglas de funcionamiento y, en consecuencia, defendieron su forma de reproducción, lo que explica mucho mejor el golpe de Estado a Fernando Lugo que una amenaza al reformismo social o la posibilidad de alternar las estructuras económicas y sociales. Como ha indicado Diego Abente (2012, p. 48), los partidos políticos tradicionales son los más firmes impulsores del mantenimiento del *statu quo* y los principales opositores a cualquier proyecto de reforma que altere este modelo de relación social.

Lugo era una especie de “intruso en casa ajena” que no merecía la confianza de los actores tradicionales, quienes, además, radicalizaron algunas de sus posturas en una clara actitud defensiva en la preservación de sus intereses tanto de clase dominante cuanto de carácter patrimonial. (Cerna Villagra y Solís Delgadillo, 2012, p. 5)

No es de extrañar, entonces, que el golpe de Estado a Fernando Lugo haya ocurrido en el estricto marco legislativo y que hayan sido las élites políticas coloradas y liberales las impulsoras del juicio político. Así, las derechas utilizan mecanismos propios del sistema republicano para hacer caer gobiernos elegidos democráticamente (los desplazan o sustituyen) sin que se produzca el quiebre del régimen político ni del Estado constitucional de derecho (Lesgart, 2012). Con esos mecanismos intentan anular, eliminar o inhibir —de acuerdo a la correlación de fuerzas encontrada y a la capacidad para imponer una nueva voluntad política— un proceso en marcha que, por lo general, aparece como una amenaza al orden estatuido, algo que Perry Anderson denomina “contrarrevoluciones preventivas”, en respuesta a la inflexión populista de los años 1950 (Soler y Prego, 2019), y que también llamó la atención de Cannon (2016).⁶ Este punto ha sido bien explicado por Franco Delle Donne (2022), quien apuntó con justeza la intención de las de-

6 Según Cannon (2016), las élites de derechas desplegaron tres tipos de estrategias: acciones dentro del marco legal (como las elecciones), prácticas de movilización (como manifestaciones y política callejera, campaña mediática, desestabilización económica) y actividades ilegales o extraconstitucionales.

rechas radicales de sofocar el sistema democrático liberal, al utilizar las mismas reglas del sistema, lo cual permite “obtener legitimidad y conseguir así una progresiva normalización de la agenda que se caracteriza por ser profundamente iliberal” (p. 53).

Crisis y neogolpismo. La reacción de las derechas

La crisis del Partido Colorado que, junto con otras variables indicadas, llevó a Fernando Lugo a la presidencia, y la crisis institucional producida por el golpe de Estado permiten explicar el surgimiento del empresario Horacio Cartes, devenido presidente (2013-2018) y jefe indiscutido de la ANR, quien pudo imponer a su candidato Santiago Peña en las elecciones internas y en los comicios nacionales de 2023. Por primera vez en el siglo XXI, un presidente colorado no se desempeña de manera simultánea como presidente de la ANR.

En plena crisis, el coloradismo fue “salvado” por el empresario Horacio Cartes (2013-2018). Ese proceso obedeció a eso que Cas Mudde (2023) llama “desmarginación de la ultraderecha”, es decir, los actores y los partidos de derecha comienzan a aparecer aceptables como socios de las coaliciones, e incluso algunos partidos tradicionales adoptan políticas de la derecha, ya que su heterogeneidad les permite ser permeables y adaptables.

Al igual que Stroessner, Cartes se afilió apenas un año antes de alcanzar la presidencia y logró en pocos meses la reforma de la carta orgánica de un partido centenario. Su postura “posideológica” y el lustre de empresario exitoso activaron imaginarios que tuvieron efectos movilizadores ante un electorado compuesto por estratos sociales e ideológicos contradictorios. Su estrategia de articulación consistió en construir desde los liderazgos regionales: “casi la totalidad de gobernadores colorados del período 2008-2013 se unieron al proyecto de Cartes y desde allí gravitaba inicialmente su facción” (Pérez Talía, 2021, p. 154).

La crisis del partido y la fortuna personal del presidente empresario hicieron que este gozara de muchísima autonomía. El no haber hecho carrera en las estructuras burocráticas partidarias, sumado a su capital económico, lo habilitaron para no tener que entablar lazos de compromiso sólidos con nadie. Horacio Cartes es hasta hoy el único expresidente que tras finalizar su mandato mantiene unido a su movimiento y puede mantenerse en la escena política dentro de la ANR.

Recientemente, Prego y Nikolajczuk (2022, p. 153) fueron contundentes al demostrar cómo tanto los programas económicos como la presencia de empresarios en los gobiernos de las derechas actuales han permitido y ejecutado programas económicos que profundizaron órdenes societales más desiguales. En efecto, observaron que las derechas instaladas en el poder impusieron programas de naturaleza neoliberal y garantizaron mecanismos de apropiación del excedente por parte del empresariado —especialmente a través del endeudamiento, las privatizaciones y la valorización financiera—, al tiempo que deshabilitaron canales de transferencia progresiva del ingreso, a través de modificaciones impositivas, sistema de pensiones, etc.

En el caso de Paraguay, la fortaleza del Partido Colorado y del Partido Liberal, es decir, de la clase política tradicional, evitó que Horacio Cartes impusiera un gabinete de empresarios. Del gabinete inicial (2013) solo dos funcionarios pertenecían al mundo empresarial: Juan Carlos López Moreira, jefe del Gabinete Civil de la Presidencia, y Fernando Ojeda, secretario privado de la Presidencia, ambos del grupo Cartes. Sin embargo, si bien la élite económica no se pudo articular en el ámbito institucional formal, Horacio Cartes conformó un grupo de asesores económicos *ad honorem* para guiarlo en esa área. Mediante el decreto 1265/14, en febrero de 2014 se designaron asesores provenientes sobre todo de las empresas del conglomerado Cartes: Carlos Cañete Tarman, exdirector del Banco Amambay y director de Sporting Life S.A.; Gustavo Galeano, director de Tabacos del Paraguay S.A.; Juan Carlos López, presidente de AgriCitrus Paraguay S.A.; Hugo Correa, director de Tabacos del Paraguay S.A.; Oscar Vicente Scavone, presidente de Gráfica Mayo S.A.; Osvaldo Salum, director de Bebidas del Paraguay S.A.; Luis Ramírez, presidente del directorio de Tabacos del Paraguay; Francisco Barriocanal, gerente general de Bebidas del Paraguay S.A., y José Ortiz, presidente de Tabesa (Nikolajczuk, 2022, pp. 107-108).

Como sostienen Monestier y Vommaro (2021), es necesario observar un comportamiento articulado de las derechas electorales y no electorales, en tanto las nuevas derechas electorales se basan en grupos sociales afines, en especial, empresarios y grupos religiosos conservadores. Por un lado, la derecha ha apelado a la representación de intereses con estrategias no electorales (corporaciones, medios de comunicación, redes tecnocráticas, centros de pensamiento); por otro,

el vehículo ha sido el desarrollo de movimientos electorales *antiestablishment* o no partidarios (candidaturas independientes que, luego de ganar elecciones, eventualmente forman partidos). La brecha abierta por la elección de Fernando Lugo en 2008 como candidato independiente de los partidos tradicionales no se saldó con una apertura en el campo mediático en cuanto a importancia y relevancia. Las elecciones de 2013, y en concreto la estructura de las noticias durante ese periodo, dan cuenta de la continuidad de los partidos tradicionales en su posición de poder, tanto en el campo político como en el campo mediático. En consecuencia, no se logran imponer actores emergentes que rivalicen en nivel de importancia con los partidos tradicionales (Juste et al., 2014, p. 242).

Aun cuando los consensos redistributivos y culturales progresistas generaron condiciones poco propicias para los discursos asociados con las derechas, no dejó de tener aceptación la defensa de los valores tradicionales en la esfera cultural y social; los mecanismos de mercado, como mejores asignadores de recursos en la esfera económica (Luna y Rovira Kaltwasser, 2021), también se defendieron con cierta preminencia. Si bien estas derechas se adaptaron a los consensos propios del giro a la izquierda —lo que implicó en algunos casos una ruptura con las tradiciones de derecha en que se asentaban— encontraron terrenos propicios en algunos de los temas abandonados por las izquierdas como la moralidad pública, la corrupción o la seguridad, para instalar una agenda conservadora en la que la apelación a significantes como chavismo y comunismo —por momentos sinónimos— no dejó de estar presente en países como Paraguay, Ecuador, Brasil y Argentina. En su discurso tampoco faltaron los intentos por cuestionar las políticas de derechos humanos y las estrategias de reivindicación de la memoria sobre las últimas dictaduras militares.

Como la democracia ha perdido referentes internacionales para “emular”, en palabras de Cecilia Lesgart (2023), las derechas contemporáneas pueden construir un lenguaje novedoso basado en la apelación a los valores democráticos (Soler y Ansaldi, 2015). En ese sentido, Rossana Gómez (2015) problematiza la construcción narrativa del discurso de Horacio Cartes de 2013, quien, a pesar de haber asumido la presidencia después del golpe parlamentario a Fernando Lugo, se adjudicó una identidad reivindicadora del espíritu democrático y la

igualdad social. En línea con estas reflexiones, Rubén Juste (2015) demostró cómo el sistema discursivo del gobierno de Cartes dio cuenta de la realización de una estrategia discursiva ligada a un proceso de efectividad simbólica, en la cual se apelaba a narrativas construidas por el gobierno de Fernando Lugo y se recogían significaciones en torno a la desigualdad.

Al igual que todos los presidentes de la transición a la democracia con cierta legitimidad de ejercicio —Nicanor Duarte Frutos y Fernando Lugo—, Horacio Cartes intentó su reelección presidencial. Mediante la figura de la enmienda constitucional, y sin lograr mayorías legislativas propias, logró la articulación de fuerzas oficialistas y opositoras, lo que dividió las posiciones en dos polos multipartidarios y aglutinó en cada uno de ellos a las fuerzas internas de los partidos tradicionales y de la izquierda (González Bozzolasco, 2017). El intento desató una crisis institucional que incluyó el incendio del Congreso y la muerte de un manifestante, y terminó con la intervención de la Iglesia católica para poner fin a la vocación reformista.⁷

En las elecciones internas de diciembre de 2017, el candidato de Cartes, Santiago Peña, perdió frente a Mario Abdo Benítez. En los comicios presidenciales nacionales de abril de 2018, el candidato colorado retuvo la presidencia frente a la Alianza Ganar, un espacio electoral encabezado por Efraín Alegre, del Partido Liberal Radical Auténtico (PRLA), en unidad con el Frente Guasú. Sin embargo, el movimiento político de Horacio Cartes controló la Cámara de Diputados y, desde esa posición, puso al presidente Mario Abdo (2018-2023) al borde de dos juicios políticos: en 2019, a meses del inicio de su mandato, y en marzo de 2021, en un escenario crítico con manifestaciones callejeras realizadas en el contexto de la pandemia.

Zanotti y Roberts (2021) se preguntan precisamente por la presencia del populismo radical de derecha en Brasil y Chile, en comparación con lo que sucede en Europa. En Paraguay, el juego interno de las élites de la ANR bien puede explicar la posibilidad de una competencia entre líneas radicales de derecha y líneas de derecha, más afines a políticas intervencionistas. Como afirma José Tomás Sánchez Gómez (2019, p.

7 Ver <https://www.ultimahora.com/cartes-renuncia-ser-reelecto-el-2018-n1078749>

87), el Partido Colorado también obtiene seguidores, porque contiene movimientos internos que ofrecen, con relativa credibilidad, una diversidad de propuestas para la sociedad. Diferentes sectores ofrecen un abanico de opciones, como el acceso clientelista a bienes públicos, más presencia del Estado en la economía, programas sociales, la defensa del patrimonio estatal (no a la privatización), un discurso nacionalista y popular, así como la participación de las bases partidarias en el comando del Estado. Pero también hay sectores partidarios que prometen meritocracia, transparencia, economía de mercado, privatización y tecnocracia. De ahí que Cartes y Mario Abdo Benítez representaran a sectores programáticamente dispares, el primero más inclinado a la tecnocracia y al mercado, y que podríamos enrolar en la categoría de derecha neoliberal, y el segundo apegado a las bases partidarias y al Estado. Como se afirma con frecuencia, la ANR es el partido oficialista y el partido opositor. Las recientes elecciones a presidente que colocaron a Santiago Peña en la presidencia son un ejemplo de la convivencia, el reemplazo y el pacto de funcionamiento de las líneas internas del ANR, lo cual, en un doble juego, amplía los márgenes de representación y refuerza su presencia hegemónica, al funcionar, al menos, como dos partidos en uno.

Según la interpretación de Cerna Villagra e Ibarrola (2020), Mario Abdo ha expresado su afinidad a los valores de la Iglesia católica en un contexto en el que otros partidos de base religiosa de la región, principalmente protestantes evangélicos y pentecostales, incursionan de manera discreta en el campo electoral. A través de algunos de sus ministros, Abdo Benítez ha venido a dar continuidad al conservadurismo político, principalmente en materia fiscal y en temas de derechos humanos. Ejemplos de esto son la política de mantener baja la presión tributaria; la postura conservadora en temas de seguridad, igualdad de género y derechos sexuales; la defensa de “valores cristianos” y de la “familia tradicional”; y la idea de la militarización de la juventud como mecanismo para mejorar la seguridad en el país, con el intento de reactivar el servicio militar obligatorio.

Elecciones 2023 y el surgimiento de la derecha radical

El escenario electoral de 2023 comenzó a diseñarse en las elecciones municipales de 2021, en un contexto pandémico caracterizado por

la deficiente gestión gubernamental y las numerosas denuncias por hechos de corrupción ocurridos en diferentes espacios estatales, que generaron movilizaciones sociales y conflictos diversos. La mayor innovación electoral estuvo dada por la aprobación de la Ley 6318/2019, que incorporó el voto preferente: las listas seguían siendo cerradas y por partido, pero cada elector elegía una de ellas y marcaba al candidato de su preferencia. Esta innovación, que buscaba erradicar las listas sábana, no hizo más que aumentar la fragmentación interpartidaria y las posibilidades individuales, y generó una explosión de candidaturas que terminaron por reforzar el bipartidismo y el coloradismo. En las elecciones municipales de octubre de 2021, la ANR ganó el control en 163 de los 261 gobiernos locales y logró el 70% de todos los concejales del país (Villalba, 2021).

Este resultado dejó el camino allanado para Santiago Peña, el mandatario más joven de la democracia. El nuevo presidente electo es un economista con formación de posgrado en la Universidad de Columbia, Estados Unidos, y una pasantía en el Fondo Monetario Internacional. Fue ministro de Economía de Cartes y más tarde empleado del Banco Basa. La ausencia de trayectoria política partidaria colorada —recién se afilió en 2016, después de renunciar a su membresía liberal— y la centralidad de Horacio Cartes como presidente del partido le valieron la posibilidad de ganar las elecciones.

A pesar de la magra gestión oficialista y de los bajos índices de aceptación del presidente Mario Abdo Benítez, el Partido Colorado logró la primera victoria electoral a nivel nacional de un partido gobernante en Latinoamérica desde el inicio de la pandemia —exceptuada la reelección de Daniel Ortega en Nicaragua, fuera de cualquier parámetro democrático—. Con una merma del 6,2% de los votos, con respecto a la elección presidencial precedente, consiguió el margen más amplio de toda la época democrática.⁸ Pero el resultado electoral no solo fue mérito del Partido Colorado y sus cuadros dirigentes, sino de

8 El Partido Colorado obtuvo el 42,74 % de los votos (1 292 079); la Concertación Nacional, el 27,48% (830 842) y Cruzada Nacional, del antisistema Payo Cubas, el 22,91% (692 663). El Partido Colorado ganó una mayoría en ambas Cámaras del Congreso (23 sobre 45 escaños en el Senado y 48 sobre 80 en Diputados), además de 15 de las 17 gobernaciones departamentales. El 62% de las 257 bancas de las juntas departamentales pertenecen al ANR.

las consecuencias no deseadas de una intervención directa de Estados Unidos sobre Horacio Cartes, del fracaso de la oposición partidaria, de la extinción de la izquierda parlamentaria⁹ y de la consolidación de un nuevo actor político, Payo Cubas y el partido Movimiento Cruzada Nacional.

El rasgo distintivo de la elección no fue otro que la presencia de un actor político disruptivo, Payo Cubas, quien obtuvo el 22,91% de los votos con una reciente tercera fuerza política denominada Movimiento Cruzada Nacional. Las terceras fuerzas no son algo nuevo en la política paraguaya, ya que otros partidos políticos han estado presentes en elecciones presidenciales.¹⁰ Pero las características de Payo Cubas, un personaje *outsider*¹¹ de prácticas antisistema, profundamente antiliberales, son un reflejo de los cambios profundos en el sistema de representación política. Hijo de militar, Payo Cubas viste de negro austero y es su propio hacedor, con un celular en la mano.

Sin estructura partidaria, y con una consistente campaña realizada en redes sociales (principalmente Tik Tok) se convirtió en una opción de cambio para un importante grupo de votantes que expresaba el malestar social pospandémico, pero también la crisis de la democracia, parafraseando a Steven Levitsky y Daniel Ziblatt (2018). Payo, el “candidato de la gente”, consiguió interpelar a sectores de la sociedad paraguaya y quitarle protagonismo de manera progresiva a los partidos políticos tradicionales (ANR y PLRA) y al resto de las formaciones políticas recientemente formadas.

Una vez más, la opción del cambio vino por “derecha”: Cruzada Nacional desplazó al Frente Guasú. La derecha, como ya fue dicho por Pablo Stefanoni (2021), se presenta con “modelos rebeldes” mientras la izquierda, y sus derivaciones, mira atónita el desmelenamiento de los últimos resabios de un Estado que supo presentar alguna ambición bienestarista.

9 El Frente Guasú perdió 5 de sus 6 escaños en el Senado, incluido el del expresidente Fernando Lugo (2008-2012).

10 En 2003, Patria Querida consiguió el 21,20% de los votos y la Unión Nacional de Ciudadanos Éticos (UNACE) el 13,4 %. En 2008, UNACE obtuvo el 21,9 %.

11 Payo Cubas fue diputado (1993-1998), candidato a gobernador de Alto Paraná (1998) y a intendente de Ciudad del Este (2001). Resultó electo senador en 2018 y terminó expulsado en 2019.

Con un discurso de impugnación a las instituciones democráticas — de las que formó parte como senador— y con el slogan “el cinto será el símbolo de la revolución”, llamó a reformar la Constitución, dotar de mayor poder al ejecutivo y establecer un sistema unicameral. En un mismo discurso puede articular el rechazo a las instituciones democráticas, la denuncia a los privilegios de los políticos y defender un gravamen para la soja, al pedir una mejor tipificación del latifundio y denunciar “el desastre ecológico que ocasiona la ganadería extensiva o el avance sin límites de la producción sojera” (Duarte Penayo, 2019, p. 77).

Payo reúne las voluntades de un sector social que crece mientras observa cómo se degradan sus ingresos y bienestar, y que mira cada vez con más desconfianza las formas de funcionamiento de las instituciones públicas que fracasan en el cumplimiento de sus funciones. Las deficiencias estatales que imposibilitan una vida en común afectan la confianza de los ciudadanos en las instituciones representativas clásicas. Es el resultado de la pérdida de un horizonte común, de un posible colectivo, de consensos básicos rotos y de ciertas respuestas que las democracias liberales dejaron de dar. Ante esa impotencia surgen activistas políticos que saben leer ese malestar y lo transfiguran en capacidades electorales con resultados inciertos.

Payo Cubas se presenta con núcleos discursivos centrados en la denuncia a la clase política, que reactivan los valores de un populismo nacional. Para luchar contra ella, persigue en llevarla a su mínima expresión, a costa incluso de cerrar instituciones básicas de las democracias representativas y reducir la burocracia estatal. Ser parte de esas instituciones rebasa un doble problema moral: por un lado, implica formar parte de un aparato corrupto que infecta a los sujetos; por otro, hay un costo económico en ese sistema parasitario que se acompaña de privilegios financiados con el “hambre del pueblo”. La dicotomía se presenta como hombre común *versus* hombre político (como si todos no lo fuésemos) y concentra los problemas de la disfuncionalidad social en las instituciones de la república o del régimen democrático. De ser necesario, se cierra el Congreso y se concentran las decisiones en el poder ejecutivo, sin descartar el uso de las fuerzas de seguridad.

Es llamativo que en ningún caso los problemas disfuncionales sean atribuibles a las élites económicas (los empresarios o los terratenientes o cualquier otro sujeto económico dominante), sino que

se achaquen a la “culpabilidad” de la clase política y la burocracia estatal por todos los males del país. Tal vez ahí resida la idea de la meritocracia: el hombre privado, a diferencia del hombre público, cosechó su fortuna a partir de sus esfuerzos personales. No obstante, Payo Cubas presenta un abanico de medidas tendientes a generar ordenes sociales más igualitarios. Con un discurso nacionalista contra los “brasiparaguayos” que se apropian de tierras, propone crear impuestos a la renta de actividades agropecuarias y un gravamen a la exportación de *commodities*. Se reivindica, además, como un heredero de la tradición colorada: “anarquista romántico, republicano y nacionalista”.

El resultado electoral de Cruzada Nacional fue más alto de lo esperado hasta para el propio Cubas; obtuvo cuatro bancas en Diputados y cinco en el Senado. Su esposa, Yolanda Paredes, fue la segunda senadora más votada a nivel nacional. Lector del malestar social y del descrédito de las elecciones como mecanismo de asignación de voluntades, convocó y provocó un conjunto de movilizaciones que desconocían los resultados y denunciaban fraude electoral. Pero la “disciplina social” terminó cargándolo de denuncias que incluyeron desde la tentativa de impedir las elecciones hasta la coacción sobre los órganos constitucionales. Lo detuvieron en San Lorenzo mientras hacía la transmisión en vivo de uno de sus actos.

Estamos en presencia de un inédito cambio en el sistema político paraguayo, dado por la presencia de una derecha radical con una reciente formación partidaria, como en los casos de Bukele y Milei. Es la primera vez que se pueden desarticular los arreglos formales e informales que desde 1989 regulan el funcionamiento político, en un país donde la sucesión de crisis, tanto exógenas como endógenas, pudo haber sido un terreno fértil para la emergencia de nuevos liderazgos y modos de intervención política.

De ahí que el sistema político no pueda procesar esa figura ni su experiencia. Es un *outsider*, porque no juega con las reglas que rigieron hasta hoy el andamiaje democrático del Paraguay. Muy por el contrario, Payo irrumpe. Por eso fue expulsado del Senado, de la misma institución que viene a denunciar y por la misma clase política a la cual acusa de corrupción. Ese plus de legitimidad le permite decir: estuve ahí pero no soy como “ellos”, tanto que me debieron expulsar. Luego,

una vez que obtuvo legitimidad popular, es decir, sufragios para su candidatura presidencial, fue apresado por la justicia.

Conclusiones

Paraguay inició en 1989 un inédito ciclo de estabilidad política democrática. Tras el derrocamiento de Alfredo Stroessner y el fin de una dictadura de 35 años, por primera vez las elecciones dejaron de ser una excepción y comenzaron a celebrarse de manera regular para la renovación de las autoridades políticas. A partir de ese momento comenzó a funcionar el sistema político, caracterizado por un robusto bipartidismo con hegemonía del Partido Colorado.

La Alianza Patriótica para el Cambio y el arribo de Fernando Lugo a la presidencia ofrecieron una amenaza a las élites políticas tradicionales que vieron por primera vez cuestionadas su lógica y sus reglas de funcionamiento y, en consecuencia, defendieron su forma de reproducción, lo que explica principalmente en los términos de Cannon (2016) el golpe de Estado a Fernando Lugo. No es de extrañar entonces que el golpe haya ocurrido en el estricto marco legislativo y que hayan sido las élites políticas coloradas y liberales las impulsoras del juicio político. Como en otros países, la deriva inmediata del cierre del ciclo estuvo dada por un ascenso acelerado y rotundo de la derecha, que reafirmó su predominio en la arena política paraguaya

Con el antecedente de la crisis institucional producida por el golpe de Estado se debe explicar el surgimiento del empresario Horacio Cartes, representante de una derecha tecnocrática y neoliberal, devenido presidente (2013-2018) y jefe indiscutido de la ANR, quien pudo imponer a su candidato Santiago Peña en las elecciones internas y en los comicios nacionales (2023). Ese proceso obedece a lo que Cas Mudde (2023) llama “desmarginación de la ultraderecha”, es decir, los actores y los partidos de derecha comienzan a aparecer aceptables como socios de las coaliciones e, incluso, algunos partidos tradicionales adoptan ahora políticas de la derecha. Su heterogeneidad les permite ser permeables y adaptables.

Como parte del mismo proceso puede ubicarse al sucesor de Cartes, Mario Abdo (2018-2023), representante de otra corriente interna del ANR, vinculado directamente con la familia Stroessner y la Iglesia

y representante de una derecha nacionalista conservadora. Esta familia de derechas realiza una reivindicación de la comunidad nacional homogénea y apela, como en el fascismo clásico, a encontrar un enemigo nacional al que culpar: inmigrantes, musulmanes, izquierdistas, rojos y minorías sexuales. Finalmente, la búsqueda de resguardar la identidad transmuta en nativismo y xenofobia, y la centralidad del orden y la seguridad aparecen como justificación de cierto grado de autoritarismo.

En las recientes elecciones presidenciales de 2023, en las que triunfa Santiago Peña y se consolida el liderazgo de Horacio Cartes —tanto en el Partido Colorado como en el plano nacional—, deberíamos ubicar a Payo Cubas (2023), exponente de la derecha radical. El sistema político debe pensar cómo procesar la figura de Payo Cubas. Hasta ahora, la exclusión ha sido el mecanismo: fue expulsado de la cámara de senadores en 2019 —a solo un año de haber asumido— y, con una gran actuación electoral en la mano, fue procesado y arrestado. Payo Cubas, a diferencias de las experiencias anteriores de derechas neoliberales, propone desinstalar, en los términos de Svampa (2020), la clave meritocrática, con el objetivo de rearmar un nuevo esquema societario en el que opone “la mayoría silenciosa” a la clase de los expertos. No es casual entonces que, en este último caso, el enemigo no sea solo político, sino también “cultural”, ilustrado por una “élite privilegiada”, “la clase política”.

En rigor, esta es una época en la que conviven formas democráticas con autoritarias, o bien, para algunos, se trataría de autocracias electorales, autoritarismos competitivos o formas híbridas, aquellas en las que se exhiben los actuales regímenes políticos en diversos países del mundo.

Bibliografía

- Abente Brun, D. (2012). Estatalidad y calidad de la democracia en Paraguay. *América Latina Hoy*, 60, 43-66. <https://doi.org/10.14201/alh.8973>
- Ansaldi, W. (2017). Arregladitas como para ir de boda. Nuevo ropaje para las viejas derechas. *Revista Theomai*, 35, 22-51.
- Ansaldi, W. (2022). Propuesta para una agenda de investigación sobre las derechas latinoamericanas. *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, 132, 123-144. <https://doi.org/10.24241/rcai.2022.132.3.123>

- Ansaldi, W. y Soler, L. (2015). Derechas en América Latina en el siglo XXI. En R. Carbone y L. Soler (eds.), *Des-cartes. Estampas de la derecha en Paraguay*. Punto de Encuentro.
- Bobbio, N. ([1994] 2014). *Derecha e izquierda*. Taurus.
- Cannon, B. (2016): *The Right in Latin America: Elite Power, Hegemony and the Struggle for the State*. Routledge.
- Casullo, M.E. (2019). *¿Por qué funciona el populismo? Siglo XXI*.
- Cerna Villagra, S.P. e Ibarrola, R.M. (2020). Paraguay: el arraigo político y económico de la derecha. *Reflexión política*, 22(45).
<http://doi.org/10.29375/01240781.3920>
- Cerna Villagra, S.P. y Solís Delgadillo, J.M. (2012). La crisis institucional paraguaya de 2012 a la luz de las élites parlamentarias. *Boletín Elites Parlamentarias Latinoamericanas*, 42, 1-7.
http://americo.usal.es/iberoame/sites/default/files/cerna_villagra_boletin_opinion42.pdf
- Cerna Villagra, S.P. y Solís Delgadillo, J.M. (2017). Los resortes colorados del poder: nacionalización de los partidos y el sistema de partidos paraguayo (1998-2013). *Colombia Internacional*, 9,151-184. <https://doi.org/10.7440/colombiaint91.2017.05>
- Delle Donne, F. (2022). La derecha radical populista: un enemigo interior de la democracia liberal. *Astrolabio. Revista Internacional de Filosofía*, 25, pp.51-60. <https://raco.cat/index.php/Astrolabio/article/view/402876>
- Demellenne, J. (2021). La resistencia paraguaya. De los golpes a las preguntas abiertas (1947-2017). En L. Soler y P.R. da Silva (coords.), *Stronismo. Nuevas Lupas*. UNILA.
- Duarte Penayo, J. (2019): Paraguay Cubas: ¿son las formas, estúpido! En J.T. Sánchez Gómez e I. González Bozzolasco (eds.), *Terere Cómplice. Reflexiones sobre la política paraguaya*. Arandurã Editorial.
- Eatwell, R. y Goodwin, M. (2019). *Nacionalpopulismo*. Península.
- Gómez, R. (2015). La democracia cartista. En L. Soler y R. Carbone (comps.), *Des-cartes: estampas de las derechas en Paraguay*. Punto de Encuentro.
- González Bozzolasco, I. (2017). Paraguay: la reelección presidencial y los inicios de la carrera electoral 2018. *Revista de Ciencia Política*, 37(2), 543-562. <https://doi.org/10.4067/s0718-090x2017000200543>

- Ignazi, P. (2003). *Extreme Right Parties in Western Europe*. Comparative Politics, Oxford.
- Juste, R. (2015). Neopopulismo y proyecto de transformación de las clases patrimoniales. En L. Soler y R. Carbone (comps.), *Des-cartes: estampas de las derechas en Paraguay*. Punto de Encuentro.
- Juste, R., Soler, L. y Ortí Mata, M. (2014). Medios de comunicación, referencias nominales y poder en Paraguay. *Revista Latina de Comunicación Social*, 69, 229-247. <https://doi.org/10.4185/RLCS-2014-1010>
- Lesgart, C. (2012). Golpes de estado y golpes constitucionales. Usos e innovación de un concepto político fundamental. *Polhis*, 12(23), 163-194.
- Lesgart, C. (2023). Tiempos nebulosos. Crisis de la democracia, clima autoritario e indeterminación conceptual. *Estudios*, 49, 9-18. <https://doi.org/10.31050/re.vi49.39950>
- Levitsky, S. y Ziblatt, D. (2018). *Cómo mueren las democracias*. Ariel.
- Luna, J.P. y Rovira Kaltwasser, C. (eds.) (2014). *The Resilience of the Latin American Right*. John Hopkins University Press.
- Luna, J.P. y Rovira Kaltwasser, C. (2021). Castigo a los oficialismos y al ciclo político de derecha en América Latina. *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, 30(1), 135-156.
- Martínez Escobar, F. (31 de enero de 2019). ¿30 años de la democracia en Paraguay? (II). El cuoteo político y la expulsión de los militares de la política. *Terere Cómplice*. <https://tererecomplice.com/2019/01/31/30-anos-de-la-democracia-en-paraguay-ii-el-cuoteo-politico-y-la-expulsion-de-los-militares-de-la-politica/>
- Martínez Escobar, F. (2021). *De la caída de Stroessner a la destitución de Lugo (2008-2013): partidos progresistas y sistema de partidos en el Paraguay* [Tesis Doctoral no publicada]. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Martínez, F. y Soler, L. (2021): Partidos y elecciones presidenciales del 2023 en Paraguay. *Estudios*, 46, 75-90. <https://doi.org/10.31050/re.vi46.33982>
- Monestier, F. y Vommaro, G. (2021). Los partidos de la derecha en América Latina tras el giro a la izquierda. Apuntes para una agenda de investigación. *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, 30(1), 7-22. <https://doi.org/10.26851/rucp.30.1.1>
- Morresi, S. (2020). Convergencias inesperadas de las derechas políticas. En A. Bolcatto y G. Souroujon (eds.), *Los nuevos rostros de la*

- derecha en América Latina. Desafíos conceptuales y estudios de caso* (pp. 49-68). Ediciones UNL.
- Mudde, C. (2023). *La ultraderecha hoy*. Paidós.
- Mudde, C. y Rovira Kaltwasser, C. (2019). *Populismo. Una breve introducción*. Alianza Editorial.
- Nikolajczuk, M. (2022). Las derechas latinoamericanas en el Siglo XXI y su novedoso vínculo con las élites económicas. Los casos de Horacio Cartes (2013) y Mauricio Macri (2015). *Revista Estudios*, 49. <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/restudios/article/view/39956>
- Pérez Talia, M. (2019). ¿Los partidos tradicionales paraguayos están en decadencia? En J.T. Sánchez Gómez e I. González Bozzolasco (eds.), *Terere Cómplice. Reflexiones sobre la política paraguaya*. Arandurá Editorial.
- Pérez Talia, M. (2021). Paraguay 2013: el rápido retorno colorado al Gobierno de la mano de Cartes. En E. Iglesias, G. Souroujon, G. Pereyra Doval y J.B. Lucca Iglesias (comps.), *Diccionario de acontecimientos de derechas en el siglo XXI en América Latina*. UNR Editora.
- Prego, F. (2019). Poststronismo, reforma constitucional y transición democrática. La construcción de una nueva legalidad en Paraguay. *Sociohistórica* (43). <https://doi.org/10.24215/18521606e072>
- Prego, F. y Nikolajczuk, M. (2022). Las derechas en América Latina en el siglo XXI. La consolidación de la desigualdad y la instauración de una nueva institucionalidad. *Sudamérica. Revista de Ciencias Sociales*, 17, 119-160.
- Sánchez Gómez, J.T. (2019). La “correlación de debilidades” que fortalece al Partido Colorado. En J.T. Sánchez Gómez e I. González Bozzolasco (eds.), *Terere Cómplice. Reflexiones sobre la política paraguaya*. Arandurá Editorial.
- Setrini, G. (2011). *Veinte años de democracia electoral en Paraguay: del clientelismo monopolístico al clientelismo plural*. CADEP.
- Skocpol, T. (1994). *Social revolutions in the modern world*. Cambridge University Press.
- Soler, L. (2012). *La larga invención del golpe. El stronismo y el orden político paraguayo*. Imago Mundi/CEFIR.

- Soler, L. (2020). Populismo del siglo XXI en América Latina. *Estado & Comunes. Revista de Políticas y Problemas Públicos*, 1(10), 17-36. https://doi.org/10.37228/estado_comunes.v1.n10.2020.146
- Soler, L. (2023). Las derechas y sus derivas conceptuales. Punto de fuga en Paraguay. *e-l@tina. Revista Electrónica de Estudios Latinoamericanos*, 21(82), 23-36. <https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/elatina/article/view/8168>
- Soler, L. y Prego, F. (2019). Derechas y neogolpismo en América Latina. Una lectura comparada de Honduras (2009), Paraguay (2012) y Brasil (2016). *Contemporánea*, 11(2), 33-52. <http://revistacontemporanea.fhuce.edu.uy/index.php/Contemporanea/article/view/137>
- Soler, L. y Vicente, M. (coords.) (2023). Dossier Nuevas miradas sobre las derechas en América Latina. *Revista Sudamericana*, 17, 10-22.
- Solís Delgadillo, J.M. y Cerna Villagra, S.P. (2017). Paraguay: el cuestionable giro a la izquierda. En M. Torrico (ed.), *Fin del giro a la izquierda en América Latina? Gobiernos y políticas pública*. FLACSO-México.
- Stefanoni, P. (2021). *¿La rebeldía se volvió de derecha? Cómo el antiprogresismo y la anticorrección política están construyendo un nuevo sentido común (y por qué la izquierda debería tomarlos en serio)*. Siglo XXI.
- Svampa, M. (2020). Lo que las Derechas traen a la región latinoamericana. Entre lo político y lo social; nuevos campos de disputa. Nuevas derechas autoritarias. En *Conversaciones sobre el ciclo político actual en América Latina* (pp. 33-77). Ediciones Abya-Yala.
- Vicente, M., Echeverría, O. y Boholavsky, E. (coords.). (2021). *Las derechas argentinas en el siglo XX. Presentación e itinerarios de un problema*. UNCPBA.
- Villalba, S. M. (2021). Los colorados fortalecen su poder en Paraguay. *Nueva Sociedad*, 295, <https://nuso.org/articulo/los-colorados-fortalecen-su-poder-en-paraguay/>
- Zanotti, L. y Roberts, K. (2021). (Aún) la excepción y no la regla. La derecha populista radical en América Latina. *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, 30(1), pp. 23-48. <https://doi.org/10.26851/rucp.30.1.2>